

Algunas perversiones del afecto

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier.

1. Algunas perversiones hipertróficas del afecto

Todas las perversiones del afecto se reducen a una misma, la *perversión histérica* llevada por su anhelo de ser el muerto en el entierro, el novio en la boda, o el niño en el bautizo, el caso es estar indefectiblemente en primera línea, hacerse el interesante para los demás y para uno mismo; se trata de un ardiente deseo de ocupar el centro del escenario, de impresionar, de atraer la atención lo que lleva a mentir e incluso a terminar creyéndose las propias falsedades. También suele manifestarse en un desordenado deseo de ser amado.

Con frecuencia, a estas gentes mezquinamente egocéntricas cualquier nimiedad concerniente a su propio yo, cualquier broma o juicio ajeno, por verdadero o justo que fuere, les desquicia. Consecuentemente, tienden a interpretar todo de manera desfavorable, como si todo fuera contra ellos, o de manera adorable, como si todos hubiesen de caer rendidos de admiración ante ellos. Algunas de sus variedades son las siguientes.

Perversión egotista sentimentalista

En lugar de centrarse en el objeto intencional que origina nuestra respuesta afectiva, la persona se centra en su propio sentimiento; el

contenido de la experiencia se desplaza de su objeto al sentimiento ocasionado por el objeto, y así la conmoción hasta las lágrimas sirve más que nada de instrumento para procurarse un gozo, un sentimiento placentero, degradando el sentimiento a un puro estado emocional (*sentimentalismo*).

¿Cuál es el resultado? Que –carente de refrendo objetivo y de criterio de contrastación– este egotista queda embrollado en la dinámica de su propio corazón, que no sabe distinguir entre lo grande y lo pequeño, y que de este modo termina enredándose en cosas pequeñas y triviales, en marujeos: un exceso de *ego* empequeñece la afectividad del *ego*.

Perversión egotista ingenua

El sujeto toma la señal del entusiasmo como prueba de hallarse en posesión de la virtud que le entusiasma, hipertrofia que no debe tomarse por intensidad afectiva, sino por estado narcisista y desordenado del alma.

Variante de lo mismo es el *egotismo débil* del incapaz de frenar compasión ante el borracho que le suplica una copa más, y se la da aunque ello resulte desastroso para el borracho mismo. Esta persona ignora que el verdadero amor obliga a pensar en el bien objetivo de nuestro prójimo (quien bien te quiera te hará llorar), y que en ocasiones un *no* puede ser una manifesta-

ción mucho más verdadera de afecto que un *sí*. Este corazón «demasiado bueno», más que benevolente o delicado, es débil y desordenado.

Perversión egotista orgiástica

Incluso puede darse cuando uno se acerca a Dios simplemente buscando saborearse a sí mismo, degustar los propios sentimientos, mientras se instrumentaliza la oración como medio para tal satisfacción. Aquí se desconoce el pesar contrito, el caer en brazos de Dios, así como la voluntad de no volver a pecar, toda vez que se hace de la contricción un mero estado emocional.

Bajo el signo de una *orgía de contricciones*, según se vive en determinadas sectas o grupos similares, el agente puede llegar a entregarse a un frenesí (también *exhibicionista*) de remordimiento público revolcándose por el suelo y lanzando gritos salvajes, aunque volviendo después a la «normalidad», sin que se haya operado ningún cambio fundamental en su vida, pero sintiéndose mucho mejor tras la liberación emocional de la mala conciencia. En realidad, se trata de una *autoindulgencia emocional*, de una «confesión barata».

Perversión egotista exhibicionista

Ante una gran audiencia el sujeto ostenta un falso *pathos* y se re-

crea hinchando retóricamente su indignación o/y su entusiasmo.

2. Algunas perversiones atroficas del afecto

Perversión egotista pseudoobjetivista y esteticista

El sujeto en cuestión, en lugar de interesarse por el herido gravemente en un accidente, se preocupa sobre todo de observar sus reacciones, su expresión, etc., como en la parábola de Buda. No le interesa su prójimo o prójimo, sino lo lejano, la ciencia, la clasificación estadística, la ocasión nueva de interesarse para aumentar el conocimiento, para satisfacer la curiosidad, etc. Dificilmente podría decirse de este ser afectivamente mutilado que llegará a ser profundo, pues le falta la empatía necesaria para entrar en lo vivo, en lo directo, en lo irreplicable e inextirpable real.

Variante de lo mismo pueda darse en el *esteta refinado*, con un corazón, si no endurecido, sí helado (¡y alelado!). Nerón se deja conmover por la llama que incendia la ciudad, permaneciendo indiferente al achicharramiento de los ciudadanos. Mucho esteticismo desmayado se esconde en las manifestaciones del arte por el arte, o del arte-espectáculo (en literatura, cine, etc). Sin embargo, esta falta de corazón dista de ser despasionada como presume, pudiendo llegar a generar *fanáticos del esteticismo*, para quienes no importa el sufrimiento ajeno, y la compasión es una abominable debilidad.

Perversión egotista pragmática

Para el utilitarista toda experiencia afectiva constituye una pérdida de tiempo, por eso –carente hasta de la menor educación sentimental, incapaz de entender los dolores fecundos– se mofa de cual-

quier gesto de compasión por el sufrido, de ahí que diga: «la compasión no ayuda, haz algo y no pierdas el tiempo con sentimentalismos», etc. Cabe ahí el *«burócrata metafísico»*. Para este funcionario ‘fossilizado’ sólo cuentan las cosas que tienen realidad jurídica. Su afectividad se reduce a la satisfacción que siente al cumplir a la letra las prescripciones legales». ¹

Perversión egotista voluntarista-budista-evasionista-amargada

Casos hay también en los cuales, paradójicamente, coinciden el *voluntarista* y el *budista*, pues este último busca extinguir toda forma de afirmación de la voluntad... ¡pero a base de echarle voluntad a la causa voluntaria! A este grupo se agregan asimismo el *timorato*, que hipertrofia la voluntad de no sentir por miedo al fracaso, y el *amargado*, cuyo corazón ha sido acallado, cerrado y endurecido por algún trauma o herida por alguna persona a la que amaba ardientemente, la vida le ha maltratado, etc. ²

En esos cuatro casos, sin embargo, «el empuñamiento de la esfera afectiva es generalmente algo deliberado. Lo encontramos en los hombres penetrados del ideal moral hiperkantiano que mira con recelo a cualquier respuesta afectiva como si perjudicara a la integridad de la moral o, por lo menos, como algo innecesario. La voluntad, a propósito, reduce toda la afectividad y silencia el corazón. Lo encontramos también en el estoico, que lucha por conseguir la *apathia* y coloca la meta del hombre sabio en la supresión completa de la afectividad. Y también está presente en el hombre que cierra su corazón –lo sella– por temor a la afectividad. A causa de un ideal religioso mal entendido, o bien considera todo tipo de afectividad como una pasión, o bien teme el riesgo que implica todo sentimiento o todo ‘querer cautivado’. Y así,

lucha por silenciar y endurecer su corazón». ³

Sea como fuere, en el fondo de estas actitudes late el *resentimiento*, actitud de quien rechaza que otro lo haya hecho mejor y merezca por su excelencia un homenaje. El *resentido* destruye los valores por no poderlos sustanciar él mismo, se cierra al reconocimiento del superior cuya superioridad siente como una aminoración de la propia valía. Si el alma noble se alegra incluso por los valores aunque él mismo no sea capaz de realizarlos, felicitando cordialmente al vencedor por haber sido capaz de lo sublime, por el contrario el resentido envidia o incluso llega a odiar aquello que es mejor que él; en resumen, el resentido llega a invertir los valores con tal de no reconocer nada que el propio *ego*: «en los casos en que un fuerte impulso a la realización de un determinado valor va acompañado por un sentimiento de impotencia para su plena consecución, por ejemplo la obtención de un bien, se introduce una tendencia de la conciencia a solucionar ese estado inquietante de tensión entre el impulso y la impotencia, rebajando el valor positivo del bien correspondiente, negándolo o, cuando ello es posible, considerando como algo positivamente valioso lo contrario de algún modo a ese bien». ⁴

Perversión egotista endurecida

Hay personas de corazón duro, muerto, personas ciegas para los afectos, personas *sin corazón*, afectivamente impotentes. Ni saben lo que es una emoción, ni parecen interesadas en aprenderlo, de tal modo que su alma parece tan brumosa como el acero; pueden consumirles todo tipo de sentimientos negativos (odio, rabia, ira, envidia, avaricia, orgullo, codicia, pánico, etc., comportándose como animales salvajes), pero son incapaces de dejar afectar su corazón, porque los



afectos y dolores que verdaderamente llegan al alma han debido despejarse previamente de todos los sentimientos destructivos. Tales personas, hasta que no lleguen a la raíz de su mal, cuyo bálsamo es el amor que nos hace más humildes, más cercanos al *humus* del *homo*, a la tierra, no podrán dejar hablar a su corazón: sabido es que el toro manso cuando se ve acorralado se vuelve violento, mas no por ello bravo.

No debe tomarse, sin embargo, por tales a aquellas otras personas que han llegado a parecer carentes de corazón cuando en realidad lo que padecen es una afectividad débil, oscura, salvaje, y por ende hetero/autodestructiva. Un borracho

víctima de su propio vicio puede poseer un corazón sensible; un irascible, a pesar de que su irascibilidad le lleve a violentas explosiones de iracundia, puede asimismo tener buen corazón.

Notas

1. Hildebrand, D. v: *El corazón*. Ed. Palabra, Madrid, 1997, pp. 115.
2. Obviamente, tampoco nos parece buena la guerra de los pueblos como ocasión para captar valores positivos. Mal maestro es la guerra, por eso tenemos que manifestar nuestro desacuerdo pleno con Max Scheler, quien en su libro *Der Genius des Krieges und der Deutsche Krieg* (Leipzig, 1915) asegura que la guerra «predispone muy especialmente al conocimiento de las realidades absolutas» (p. 119), que

es un «vínculo hacia la moralidad» (p. 112), porque «aumenta la cantidad total de amor sobre la tierra en tanto que amor por los valores, especialmente los superiores» (p. 100), como por ejemplo ¡el Estado y la Nación! La paz, por el contrario, con sus «placeres corrompidos» (p. 104) genera un «orden esencialmente antimoral y malo» (p. 89), llegando incluso a afirmar que «la moral del amor cristiano constituye una unidad esencial con la moral guerrera» (pp. 91-92), y que «todo amor por la humanidad y su bienestar es una desviación antimoral y antilegal» de un amor que debería pertenecer a los portadores de los valores superiores que son «las personas totalitarias llamadas naciones» (p. 88).

3. Hildebrand, D. v: *El corazón*. Ed. Palabra, Madrid, 1997, pp. 116-117.
4. Es la *Umsturz der Werte* de que habla Max Scheler en *El resentimiento en la moral*. Berna, 1955, pp. 63 ss.